

El Illmo. Sr. Dr. D. Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada.

I

La misteriosa mendiga.

Es tal el renombre que el Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada Díez de Velasco dejó de sí en el país, que el pueblo de Yucatán no separa su recuerdo legendario de las maravillas que por tradición se cree que precedieron á su venida y le acompañaron hasta el fin.

Dicen que se acercaba el invierno del año del Señor, 1730, y alboreaba, como con dificultad, la fría mañana del primer sábado de adviento, cuando junto á la portería del convento de franciscanos recoletos, situado en un cuartel de la espléndida ciudad de Sevilla, y conocido bajo el título de «Nuestra Señora de Loreto,» se veía mal abrigada á una pobre peregrina en ademán de acuitada pero paciente espera. Nadie la conocía, pero cualquier curioso observador que en ella hubiese fijado la mirada, habría descubierto por entre el nada rico vestido que la cubría, la digna majestad de una noble y gran señora, caída empero, sin duda, al embate de una tempestad de siniestros acontecimientos, en las tristes estrechuras de la indigencia.

Ella esperaba, en efecto, en la portería del monástico albergue al Reverendo Padre Guardián del mismo, Fray Francisco de San Buenaventura, cuya gran sabiduría y cuyas grandes virtudes, aparte de su elevada alcurnia, pues era hijo de la noble casa de los Martínez de Tejada Díez de Velasco, le habían hecho digno Superior de los más rígidos y observantes monjes de la seráfica Provincia de Andalucía, apartados del mundo en la recolección de Loreto, y quien apareciendo derrepente de las silenciosas bóvedas de aquella morada de santos, habría pasado sin percatarse de la presencia allá de la peregrina, si ésta no se le hubiese pues-

to al frente como lo hizo con resolución, pero llena á la vez de profundo respeto y graciosa modestia.

Él lleva los ojos enteramente inclinados al suelo, demacrado el rostro, austero el semblante, pero dulce al par que grave toda la religiosa fisonomía: su estatura era alta aunque algo encorvada, el color de la tez blanco aperlado, espaciosa la frente, penetrante el mirar, si bien casi velado por unos párpados finos orlados de grandes pestañas, que sólo se alzaban para lo muy preciso; nariz aguileña, muy aguileña, labios delgados, y acompasado sin afectación el andar. Llevaba el hábito de su orden, color gris, y sin ser joven ni viejo, patente dejaba que su edad era á lo sumo de cincuenta años, debilitados sin embargo, por el rigor de la penitencia.

—Padre mío, le dijo la peregrina, perdonadme si soy importuna. De muy lejos he venido, obligada del estado ruinoso en que se encuentra mi pobre hogar, en demanda del auxilio que las gentes caritativas, como vos, pueden proporcionarme para su reconstrucción. A todos llamo en mi socorro; pero á vos, Padre mío, más en particular, de suerte que sólo por vos he venido hasta aquí. ¡Ay! mi palacio es una cabaña; considerad que mi noble y tierno hijo (es de advertir que soy madre y viuda), está junto conmigo en aquella mísera choza, casi á la intemperie. Considerad también, que padecemos los tormentos del hambre, de la sed y de la desnudez. ¡Padre mío, pídoos, pues, una limosna por el amor de Dios!

Esta plegaria oprimió el generoso pecho del santo Guardián, porque deseando tener cuantiosos tesoros para repartirlos á los necesitados, y mucho más para darle en aquella ocasión á la suplicante matrona, que de lejos había venido en directa demanda de sus auxilios, se encontraba, sin embargo, en realidad, sin cantidad alguna disponible, porque constantemente distribuía todas cuantas limosnas llegaban á sus manos. Comprendía que la menesterosa viuda que delante de sí tenía, era la heroína de alguna gran historia de dolor, y que no podía consiguientemente bastarle para el caso, una mísera y vulgar limosna. Mas la propia señora comprendió todos estos interiores y caritativos afanes del buen monje, y antes que éste hablara, ella le sacó de apuros, apresurándose á decirle con acento de singular dulzura:

—Padre mío, hoy sólo quiero de vos una limosna cualquiera, con la promesa de socorrerme después más largamente, ó como podais; porque yo os aseguro que otra vez hemos de volver á vernos: yo os aseguro que contemplaréis con vuestros propios ojos el estado lamentable de mi humilde choza, y que entonces sabréis toda mi historia, y haréis por mí todo cuanto os inspira la santa caridad que en vuestro pecho arde. Estad persuadido que yo quedo muy satisfecha y muy agradecida de vos, por cualquier cosa que ahora me diereis, porque tomo además como hecho para mí, todo cuanto diariamente sé que practicais á beneficio de los pobres.

—Señora, contestó el Sacerdote, yá que tan bondadosa os ha hecho la gracia de Dios Nuestro Señor, seguramente por el mérito que encuentra en vuestros mismos sufrimientos, confío en que sin desdeñar, recibiréis ahora la pequeñez de mi auxilio, ofreciéndoois empero, que en otra ocasión he de hacer en beneficio vuestro, todo cuanto más pueda y vos mereceis. Yo soy pobre, y solo cuento con las limosnas que se me dan para distribuir.

Así dijo, y haciendo ademán de que fuese por un momento aguardado, retrocedió hacia su pobre celda, volviendo en seguida á presentarse llevando en la mano un peso fuerte de cuño español, única moneda que por entonces tenía, y que alargó á la discreta mendiga, quien habiéndola recibido y significado su gratitud, hizo un cortés saludo y se retiró.

II

El Mitrado.

El tiempo corría. Pasáronse los meses y aún los años sin que el Guardián de Loreto volviera á saber nada, absolutamente nada, de la misteriosa peregrina.

Yá se arrepentía de haber descuidado tomar nota de su nombre, y de la provincia y ciudad en que moraba, para poder enviarla parte de los socorros, que no raras veces, familias acaudaladas y piadosas ponían en sus manos (como en las del mejor li-

mosnero), para beneficio de los míseros vergonzantes de dentro y fuera de Sevilla.

El caritativo monje se preocupaba extraordinariamente de lo que con severidad acusaba en sí propio como de un gran descuido, de un punible abandono del interés que siempre debía tener por los menesterosos, y que había ofrecido al Señor y á la Inmaculada Virgen. Por esta causa, la fisonomía de la misteriosa mendiga estaba cada vez más profundamente delineada en su fantasía, pareciéndole continuamente que la miraba con aquel modesto vestido, con aquel especial tocado con que la había conocido, y pareciéndole que aun estaba admirando de cerca la majestad del sufrimiento y de las demás virtudes de su corazón, y cuya plácida luz se dejaba reflejar en toda la expresión de su semblante y de su palabra.

Todo lo que tenía con ella alguna relación, se le ofrecía de relieve, por manera que se quedaba muy á menudo reflexionando, cómo ella se le había presentado en el santo tiempo de adviento, y en un sábado, día en que más particularmente consagraba las limosnas que hacía, á honor de la Virgen María, cuya tierna devoción profesaba de lo íntimo del alma, principalmente considerando á la augusta Madre de Dios en el misterio de su Concepción Purísima y en el título del Santísimo Rosario, y así era también cómo y por qué, hasta la única moneda, que tenía de reserva en aquella ocasión en una tosca gabeta, y con que había socorrido á dicha mendiga, se le había quedado tan grabada por su forma en la memoria, que parecía tenerla ante los ojos, con el busto y sello del anverso y del reverso, con la fecha y lugar de su acuñación, estando seguro de que la conocería clara y distintamente, aunque se la presentaran confundida con otras muchas al parecer enteramente iguales.

Varon de Dios, hombre de oración, severo para consigo mismo, afable y dulce para con los demás, austero, penitente, Fray Francisco de San Buenaventura, día con día presentaba al Señor el holocausto de sí propio, pidiéndole con ansia fervorosa que se dignase disponer de sus labores, y de su vida, y de su sangre toda, no sólo en Andalucía, no sólo en España, no sólo en Europa, sino en cualquiera parte del orbe, aunque fuera en el remotísimo y Nuevo Mundo que, sobre dos mil leguas de distancia,

habían descubierto Colón y sus compañeros, y donde hacía dos centurias que se derramaban sin cesar los sudores de los misioneros apostólicos, en beneficio de millares de almas, para quienes aún comenzaba á rayar la aurora de la fe y de la civilización.

El Señor aceptó el sacrificio.

El Rey de España, que á la sazón lo era Don Felipe V, necesitó presentar al Soberano Pontífice un Sacerdote de abnegación la más perfecta, y de celo el más ardiente por el bien de las almas, á fin de que realzada su frente con el esplendor de la Mitra, y colmado su espíritu con la plenitud de la gracia sacerdotal en la dignidad suprema del Episcopado, empuñase el cayado pastoral, y fuese más allá del océano, esto es, viniese aquí á la India Occidental, aquí á las inmediaciones del Seno Mexicano y Mar de las Antillas, á dar eficaz impulso á una de las nacientes Iglesias.

Fijóse para esto el Rey católico, como por una inspiración de Dios, en el austero Superior de los recoletos de Andalucía, en el monje asceta y gran padre de los pobres, en el Reverendo Padre Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada Díez de Velasco, que aceptado por el Soberano Pontífice (1734), fué consagrado y constituido Obispo Titular de Tricalí y Auxiliar de Cuba y la Florida, correspondiente entonces aún esta última al dominio español.

Él había nacido de ilustres padres en la misma ciudad de Sevilla el año de 1689, y habíase dedicado con angelical pureza, á preparar su espíritu para el estado monástico desde muy temprana edad. Apenas llegado á la adolescencia, tomó el hábito de San Francisco, y pronunció, después de un edificantísimo noviciado, los solemnes votos de la profesión religiosa en el monasterio de San Pablo de la Breña. Hizo buenos y sólidos estudios, graduóse de Doctor y Maestro, fué Lector sucesivamente de filosofía y teología en dicho monasterio, y ya siendo, como queda dicho, Guardián de «Nuestra Señora de Loreto,» fué promovido á la dignidad episcopal, pasando en seguida al desempeño de su apostólico destino, aquí muy cerca de Yucatán.

Al despedirse para siempre el Mitrado de sus patrios lares, tuvo por perdida la esperanza de volver á encontrarse con la misteriosa peregrina, que tanto le preocupaba, por no haberla podido socorrer cuanto hubiera sido conveniente. Mas consolá-

bale la idea, de que al fin venía de hecho, á sacrificarse por tantos pobres, en las dilatadas regiones y grandes islas del Nuevo Mundo.

Empero, la noble y singular mendiga le había predicho, que otra vez habían de verse entrambos; le había asegurado que él llegaría á ver con sus propios ojos la pobre barraca, el mísero hogar que de palacio le servía á ella y al hijo querido de sus entrañas. Y al proferir ella tales palabras, el santo Obispo de Tricalí recordaba, que el timbre de la voz, el gesto, la mirada, todo tenía tal y tan inefable misterio, que sin saber por qué, nunca, aun cuando más lo había procurado, habían dejado de estar como resonando en sus oídos, aquellas palabras, no como una vulgaridad, sino como si fueran una verdadera profecía, y como si estuviesen ligadas con todas las más graves circunstancias de su vida.

III

El hogar de la mendiga.

Si el Venerable Sr. Tejada subió tanto en la perfección de espíritu como simple monje, queda á la consideración del lector, cuánto adelantaría por la cumbre de todas las virtudes evangélicas, cuando yá colocado quedaba, para dar luz al mundo, sobre el candelero de la Iglesia. Baste decir, que el Obispo Auxiliar no volvió la cara atrás, y que por diez años consecutivos luchó en los combates del Señor, y trabajó sin descanso en la mística mies, huyendo los esplendores de Príncipe de la Iglesia para sólo reservarse las espinas de su corona y el peso de su cruz.

Edificó á sus expensas la Iglesia de San Agustín de la Florida, donde él habitualmente moraba, llevando una vida rigurosa (como si no hubiera dejado de ser el humilde recoleto de Nuestra Señora de Sevilla) y de donde salía á recorrer con apostólica diligencia, todos los lugares encomendados á su vigilancia pastoral.

Y aún extendió más allá su celo, porque aprovechándose de las favorables circunstancias de uno de sus viajes, en el primer año de este apostolado, al pasar navegando de la Florida á la Isla

de Cuba, tocó á nuestra Península por el mes de Marzo de 1736, (1) y suplicado á la vez que autorizado por el Ordinario local Illmo. Sr. Dr. D. Francisco de Matos Coronado, predicó la divina palabra, administró diferentes ocasiones el Sacramento de la Confirmación, y dejó, sobre todo, remarcable y grato recuerdo de sí en esta ciudad de Mérida, el viernes 11 de dicho mes, por haber subido á las cinco de la tarde, á la altísima torre derecha de la Santa Iglesia Catedral, á consagrar solemnemente la campana mayor, cuyo robusto tañido debe por esto, traernos á la memoria el nombre del célebre consagrante. Reembarcóse el día 21 de Abril subsiguiente en Río-lagartos con dirección á la Habana, llevándose en verdad, todas las simpatías de nuestros piadosos abuelos.

Diez años después, este Obispado logró por su Pastor al que antes sólo había recibido como ilustre huésped, porque habiendo quedado vacante esta Sede, por fallecimiento del Illmo. Sr. Dr. D. Fray Mateo de Zamora y Pénagos, acaecido el 9 de Agosto de 1744, en la entonces villa, hoy ciudad de Valladolid (Yucatán), la Silla Apostólica dignamente ocupada por el gran Benedicto XIV. designó por Obispo de la Diócesis, á petición del Rey Felipe V en 1745, al dicho Venerable Illmo. Sr. Tejada, desligándole por Bula de 10 de Septiembre de dicho año, de la Iglesia *in partibus in fidelium* de Tricalí, y de auxiliar de la Florida y la Habana. Tomó posesión aquí de su nueva Sede el día 15 de Junio de 1746.

Emprendió, como uno de sus primeros actos, la visita pastoral de la extensa grey, y cuando se encontraba practicando la correspondiente á la villa y parroquia de Hunucmá, al occidente de la ciudad episcopal, rumbo á la costa, renacieron en su alma, sin saber por qué secreto misterio, las más vivas reminiscencias de la misteriosa peregrina de Loreto en la madre patria, cuya promesa relativa á un nuevo encuentro, hacía entonces como unos catorce años que había sido hecha, sin haberse llegado á cumplir.

Despachado casi todo el expediente de la visita en la villa, no quiso cerrarla sin antes haber visitado todos los lugares dependientes del curato, por más que le habían dicho que eran rui-

(1) No fué en 1735 como antes creíamos el tránsito del Sr. Tejada por Yucatán, sino en 1736; ni fué en la Sede Vacante sino estando en la Diócesis el Illmo. Sr. Matos Coronado. Estas noticias las descubrimos ahora posteriormente en el archivo de nuestra Secretaría.

nes y miserables, principalmente el de la aldea de Tetíz, que se reducía á unas pocas familias de infelices indios, y sin templo, porque el que había era de paja, tan pobre y tan deteriorado que por una parte apenas quedaban unos restos ó ruinas, careciéndose por otra de los necesarios recursos para su reconstrucción.

Dicen que era la mañana de un sábado, y en época de adviento, cuando el Venerable Sr. Tejada se dirigió á la citada aldea, á la que encontró en efecto como se le había informado.

Una procesión de fieles y humildes indios, acompañados de sus mujeres é hijos, le salieron al encuentro cantando el texto de la Doctrina Cristiana, y seguido de ellos y del Párroco, se dirigió á la rústica Iglesia, la cual menos que templo, menos que casa, era una choza en el último período de su decadencia, en tales términos, que en la primera estación de lluvias debía desaparecer por completo. El Obispo llegaba por tanto á tiempo. Tomada el agua bendita, se encaminó al desaliñado altar, y ¡oh sorpresa! al fijar los ojos en la imagen de la Virgen, que en el misterio de la Purísima Concepción, tallada en madera y vestida de casi andrajosa y delustrada seda, ocupaba dicho altar, reconoce al punto en ella, sin el menor asomo de duda, á la peregrina de Sevilla, y trasportado de gozo, exclama sin vacilar:

—Hé aquí la mendiga de Loreto! Hé aquí la misteriosa peregrina que se me apareció en España, en sábado de adviento como hoy, hace catorce años!

Aproximóse más á la imagen para poder besar reverente la orla de su vestido, y al hacerlo ¡nueva sorpresa! Se detienen sus atónitas miradas sobre la moneda, sobre aquel peso fuerte de él muy conocido y señalado, que catorce años atrás y á dos mil leguas de distancia, había dado como limosna á la misma mendiga, que ahora tan inesperadamente venía á encontrar.

Aquella moneda estaba engarzada con otros ex-votos de plata y oro, colgados á guisa de adornos, en el vestido de la sagrada estatua, y que parecían primorosas joyas á la vista y al gusto de los piadosos pero incultos lugareños.

—Hé aquí la choza en ruinas de que ella me habló, continuó diciendo el Obispo, y en que tan pobremente se alberga con su hijo. Y este Hijo ¡oh portento! es mi Señor y Rey, es el Divino Redentor del Mundo, que no tiene entre los hombres donde re-

clinar la cabeza. El Hijo y la Madre sufren el hambre y la sed de la salvación de las almas..... Los rayos del sol, unas veces, las ráfagas del aire ó los torrentes de la lluvia otras, penetran por donde quiera en este hogar de la sublime, de la celestial mendiga, y dentro de poco desaparecería, si hoy mismo no se pusiera mano en la obra de repararlo, ó mejor dicho, de derribarlo, para volverlo á hacer cual corresponde.

Y esto diciendo, dobló las rodillas ante la prodigiosa imagen, fijos en ella los ojos arrasados en lágrimas, sintiendo su espíritu arrebatado en el éxtasis de una altísima contemplación.

En ésta debió ver, en su imaginación, cómo la inanimada estatua se transfiguraba, tomando la realidad viva del original divino que representaba, y miraría y reconocería en ella, con absoluta perfección, á la adorable peregrina de Sevilla, y escucharía el timbre dulcísimo de aquella voz, de él muy conocida y en manera alguna olvidada. La ruín aldea, la mísera choza habríase convertido en un Tabor Mariano. Miraría abrirse el cielo y oíría al Eterno Padre decir sobre María: «Esta es mi hija muy amada;» al Hijo exclamar: «Esta es mi Virgen Madre,» y al Espíritu Santo concluir diciendo: «Esta es mi Purísima Esposa.» Debió también sentir el dichoso Prelado dentro de sí, cómo la Virgen por su parte, parecería que le decía estas ó semejantes palabras: «Hijo mío, Francisco de San Buenaventura, esta tierra de Yucatán á la cual he querido hacerte venir para que seas su Pastor, es una tierra mía muy predilecta, de la que he tomado posesión desde los primeros días de su descubrimiento y conquista por tus compatriotas mis queridos hijos los españoles, y por lo cual fué aquí donde se impuso á toda esta región el dictado de *Nueva España*, como que quiero hacerla, con los resplandores de la fé y de la verdadera cultura, no menos feliz que á la antigua, de que también tomé posesión desde los tiempos apostólicos. Por esto, qui en Yucatán verás por donde quiera, templos y altares que me están consagrados, principalmente en el singular privilegio de mi Concepción en gracia, y en cuyo misterio, como vosotros los españoles, gustan mucho los yucatecos todos denominarme, aclamándome como á su Reina, Madre y Señora. Mas, con excepción de los templos de la ciudad y otras poblaciones más ó menos grandes, así como del notable Santuario que tu predecesor en es-

te Obispado, Fray Diego de Landa, me erigió en Izamal, todos son muy pobres, siéndolo más que ninguno otro, éste, que como ves, se encuentra á punto de desaparecer, no obstante los favores divinos aquí otorgados á manos llenas á cuantos han acudido á mi protección maternal. Y como el día desgraciado en que los yucatecos olvidáran mi afecto, sería también el de su más completa ruina, he querido prevenirte para que, por tu parte, fomentes mi devoción y culto, que refiriéndose á la gloria de mi Hijo Dios, redundará la vez muy directamente en beneficio de estos moradores, cuyas almas te han sido confiadas.»

Arrobado el Venerable Obispo, experimentó cual nunca en su venturoso pecho una fruición celeste, y encendido más y más en la devoción profundísima que en toda su vida había constantemente profesado por la Inmaculada Virgen, consta por la historia, la tradición y los monumentos, que se propuso obsequiar con cuanta puntualidad le fuera posible, las inspiraciones de la Soberana Señora, fomentando su culto en tódo el Obispado, y proponiéndose edificar un Santuario en la pobre aldea de Tetíz (1), en cumplimiento de su promesa á la misteriosa mendiga de Loreto, cuyo pobre hogar había tan lejos venido á descubrir.

(1) Después de un siglo y parte de otro, de haber desaparecido de la escena de este mundo el inolvidable Sr. Tejada, nosotros que esto escribimos, hemos tenido el consuelo de practicar, como él, la santa visita de Tetíz, porque aunque sin mérito alguno de nuestra persona, el Señor ha querido que viniésemos á suceder á tan egregio Prelado.

Comenzaba la Cuaresma del año de 1885, cuando una mañana salimos de la villa de Hunucmá que encabeza la Parroquia, tomando la dirección de Tetíz, y llevando en la mente la histórica figura del célebre fundador del Santuario que íbamos á visitar.

A poco del camino hecho, las personas que nos acompañaban nos llamaron la atención acerca de la primera de las Cruces del Calvario del Illmo. Sr. Tejada, las que por su orden continuaron ofreciéndose á nuestra vista, de trecho en trecho, hasta llegar al término del viaje. Algunas de ellas habían sido retocadas, pues el pueblo todo tiene particular y piadoso interés en su conservación, levantando las que se caen y renovando las que se destruyen por la acción del tiempo; pero otras varias mostraban tales indicios de secular antigüedad, que no es dudoso, que siquiera unas pocas, pertenezcan al tiempo del santo Prelado que las erigió. Estos monumentos daban tema para recordar toda la historia y la popular tradición, que han dado margen al presente escrito, cuyos relatos escuchábamos por centésima vez, porque desde nuestra infancia los habíamos oído repetir, al resplandor de las alboradas que iluminaban las solemnidades de la fiesta anual de la Inmaculada Concepción.

En una llanura completamente plana, y cubierta de espléndido y tropical arbolado, se abre y se extiende poética, sencilla y risueña la aldea, cuya plaza y cuyas chozas limpias y aseadas, rodean el modesto pero sólido y bien conservado Santuario de *Nuestra Señora*. ¡Con cuánta emoción del alma penetramos en aquel sagrado recinto! ¡Con cuánta y cuán profunda impresión del pecho nos dejamos caer de rodillas ante aquella veneranda imagen, objeto de la piadosa ternura de nuestro ilustre y santo predecesor, cuya sombra parecía vagar en torno nuestro, en

Deuda sagrada, á la par que dulce, era para el Venerable Sr. Tejada el gobernar la grey, fomentando á un tiempo en ella la más acendrada devoción á la Santísima Virgen, y por eso puso bajo su patriocinio el Seminario Conciliar que fundó con sus pro-

aquel lugar creado por él, y regado con las lágrimas de penitencia que allí derramaba por sí y por su pueblo! ¡Con cuánto interés nos fijábamos en aquella milagrosa estatua de la Purísima Concepción, que juntamente con otras de los diferentes Santuarios esparcidos en la Península Yucateca, nos sirvió también al objeto de sintetizarlas á todas en una, expresándolas en conjunto, bajo la gráfica advocación de NUESTRA SEÑORA DE YUCATÁN, y cuya monumental y respectiva imagen erigimos, hace algunos años, en esta ciudad episcopal, con piadoso aplauso y patriótico entusiasmo de todas nuestras clases sociales, tan devotas de la Virgen María!

Así vivamente conmovidos, no menos que extraordinariamente edificados, desempeñamos los deberes de la visita pastoral entre aquellos buenos y sencillos fieles, á quienes no podíamos menos que felicitar, por ser los inmediatos poseedores y guardianes de aquel histórico Santuario.

Este se conserva en bastante regular estado, si bien lleva impreso el sello de la actual decadencia y general pobreza.

La suma escasez de clero, por otra parte, no permite mantener allí, como sería tan conveniente, un Sacerdote residencial; por lo que, el Párroco respectivo y su Teniente se ven obligados á administrar desde la cabecera á aquella parte de la feligresía.

Hay en los techos del Santuario algunas manchas verdosas, á efecto de la humedad, y no nos dispensamos de subir en persona sobre las azoteas, para observar el motivo de ella, encontrando que por desgracia, consistía en un defecto inherente á la misma construcción de las cañerías que sirven al desagüe, y siendo difícil remediar inmediatamente el mal, hubimos de contentarnos con dictar algunas medidas convenientes, entretanto que de una manera radical pueda evitarse el defecto.

La habitación presbiteral está en verdadera ruina, y ¡cómo es de desear que cuanto antes se reedificara! Así lo recomendamos desde luego al digno Párroco y al pueblo.

Una de las tradiciones referentes al Santuario de la aldea es, que la moneda que el Venerable Sr. Tejada dió de limosna á la peregrina de Sevilla, y encontró al pié de la imagen de Tetíz después de catorce años, la hizo conservar, para perpétua memoria, fija ó enclavada en el escabel de la propia imagen, y también que él mismo se hizo retratar sobre su modesta cabalgadura, como iba semanalmente de la ciudad á la villa, para encaminarse desde allí á la aldea á pié, recorriendo, como se ha dicho, las Estaciones del Vía-Crucis. Pero nosotros no encontramos ni la moneda ni el retrato, porque desgraciadamente, dicen que se han perdido. Ni extrañamos esto, cuando deplorando estamos, que en un Santuario más notable y aún más histórico, por decirlo así, como el de Nuestra Señora de Izamal, tampoco se conserve, ni el bastón de Reina Gobernadora que depositó ante la Sagrada imagen, el más grande y memorable de todos los Capitanes Generales de la Provincia, en tiempo del gobierno colonial, como lo fué el Sr. D. Antonio de Figueroa y Silva, ni la espada que después de la Independencia, un valiente y piadoso caudillo militar, colgó en sus aras, en cumplimiento de un voto.

Encontramos ahí sin embargo, un buen retrato del mismo Sr. Tejada, que á no dudarlo, algún diligente Párroco, ó algún otro devoto, procuraría adquirir para sustituirlo al que se había perdido. Es de medio cuerpo, pintado al óleo, y al pié de él se lee esta inscripción:

«El Illmo. Señor Maestro D. Fray Francisco de San Buenaventura Martínez de Tejada Díez de Velasco, natural de Sevilla y de ilustres padres. Tomó el hábito de San Francisco en el convento de San Pablo de Bretaña de la provincia de Andalucía, en la que fué Lector de Filosofía y Teología. Fué Guardián del convento de recolección de Nuestra Señora de Loreto de dicha ciudad, Calificador del Santo Oficio, Auxiliar del Obispado de Cuba con título de Obispo de Tricalí. Fué presentado para este Obispado de Yucatán el año de 1745, del que tomó posesión el día 15 de Junio de 1746. Visitó dos veces este Obispado, sin dejar los más pequeños pueblos, estancias

pías rentas y con el auxilio de otros fondos, el año de 1751, dándole la advocación de Nuestra Señora del Santísimo Rosario y de San Ildefonso. Erigióle antes un bello altar en la capilla de su palacio y en que hasta hoy se conserva la imagen en escultura de Nuestra Señora, en el dicho título del Rosario; así como también, con la propia denominación, aun se conserva un gran cuadro pintado al óleo por Juan Gazpar M. Cuebas, colocado en el muro del descanso superior de la subida del mencionado palacio, á la vista de cuantos entran, y al pié se leen, á más de la firma del artista, las siguientes palabras:

«A DEVOCION DEL ILLMO. SEÑOR DON FRAY FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA Y TEJADA, DIGMO. OBISPO DE ESTA PROVINCIA DE YUCATÁN, DEL CONSEJO DE SU MAJESTAD, SE COLOCO EN LA SUBIDA DE LA ESCALERA DE SU PALACIO, EL AÑO DE 1746. CONCEDE 40 DIAS DE INDULGENCIAS DICHO SEÑOR POR CADA VEZ QUE SE RESARE UNA SALVE DELANTE DE ESTA SANTA IMAGEN.»

Reanimó el fervor de las piadosas cofradías antiguas, y estableció otras nuevas, procurando por estos medios, junto con el esplendor del culto y la gloria de Dios, la más estricta moralidad; á cuyo fin, habiendo encontrado quebrantados los capitales dejados por la insigne caridad del Sr. Br. D. Gazpar de Güemes, y decaídas las obras establecidas por él, dió de sus rentas episcopales la cantidad necesaria para fundar una nueva Casa, donde se puedan recoger á las malas mujeres y darles buen camino de arrepentimiento y el bien estar posible con el trabajo y la vida cristiana práctica.

Atendió á todas las iglesias, favoreciéndolas con mano larga; pero sobre todo, se dedicó á la más predilecta devoción de la augusta Virgen, en el título y misterio de su Inmaculada Concepción, y en su querida imagen de la aldea de Tetíz, levantándole de cimiento en el mismo lugar en que se encontraba la pobre cho-

y ranchos, para consuelo de sus ovejas. Erigió el Colegio Tridentino, procuró el aumento del culto divino y adorno de su Iglesia, construyó á sus expensas una casa para recogimiento de mujeres de vida licenciosa. Fué promovido con general sentimiento de sus ovejas al Obispado de Guadalajara, en el nuevo reino de Galicia, donde murió á 20 de Diciembre de 1760. Fué hecho este retrato para memoria de tan ilustre Prelado, á costa del Bachiller D. Josef Ignacio de Salazar, Cura Beneficiado por el Real Patronato de la Parroquia del Santo Nombre de Jesús, intra muros de esta ciudad (*Mérida*), Promotor Fiscal y Defensor General de obras pías de este Obispado, por el amor que le tuvo á dicho Señor Illmo. por haberle conferido los sagrados órdenes hasta el del Presbiterado.»

za de madera y palmas, que hasta entonces había servido de templo. un bello Santuario de mampostería, con puertas por ambos costados y una mayor al frente, con esbelto campanario, camarín, sacristía, atrio y una habitación presbiteral inmediata.

Hizo, en fin, aliñar mejor á la sagrada imagen, y vestirla rica y decentemente.

Despertóse con esto un gran fervor popular por el Santuario de la aldea, y de padres á hijos ha venido pasando hasta nosotros, y continuará al través de los siglos junto con la historia de su fundación, la memoria de la poética y popular tradición de su origen y motivo.

Ese monumento de la fé y piedad, ese testimonio de las buenas y santas costumbres del pueblo yucateco guiado por aquel Pastor, esa muestra expresiva de la cultura y de las artes de hace ya cerca de dos centurias, esa prenda de la unión y de la paz, y aun de la riqueza material de nuestros abuelos, permanecerá en pié, por entretanto que aún quedare un resto de las buenas condiciones sociales que la produjeron, brillará con esplendor en días de quietud y de ventura, se eclipsará en tiempos de afán y de retroceso, y llegará también ¡ay! á desaparecer, si llegara por desgracia á extinguirse en nuestro pueblo, el postrer rayo de la religiosa luz que ahora le calienta y le ilumina.

Fiel á la cordial ternura de su devoción, y al ejemplo que debía á sus ovejas, es fama que el Venerable Sr. Tejada, en todo el tiempo de su pontificado en esta grey, y mientras que motivos insuperables no se lo impidieron, iba constantemente los sábados á visitar el Santuario de la aldea, donde celebraba el augusto sacrificio de la Misa, despues de haberse preparado, pasando por el Calvario, en la tarde precedente del viernes. Es decir, iba semanalmente á caballo de la ciudad á la villa de Tetíz, y de aquí se dirigía á pié en la misma tarde del viernes á la aldea de Hunucmá, recorriendo las catorce Estaciones del Vía-Crucis por las pocas millas que hay de camino, para lo cual había erigido un "Calvario", haciendo dividir el trayecto en catorce partes, sembrando en las laderas otras tantas cruces de madera, sobre sus correspondientes pedestales de piedra.

¡Alma purísima y austera, en cuán íntima comunicación con Dios no vivía! ¡Y como participaría de las prendas del infinito

gozo, del supremo consuelo, aquel corazón que sabía probar las cruentas penalidades del Crucificado en el Gólgota, y las acerbias angustias de la Madre de los Dolores al pié de la Cruz! Su Tabor era el Santuario de la aldea, el altar de la Inmaculada, donde elevado su espíritu en altísimo trato con el celestial Esposo de las almas, gozaba sin duda de la infinita dulcedumbre de los escogidos. Y por eso el ayuno, el cilicio, los azotes, la negación de sí mismo, los tormentos, eran el camino y los medios indispensables con que desde la tarde del viernes, y en gran parte de la noche, se preparaba, á fin de comunicar el sábado con la Excelsa Madre del Señor, en aquella imagen que convertida en peregrina mendiga, había ido á buscarle hasta el Viejo Mundo para traerle á este otro hemisferio, á beneficiar aquí á los hijos de Yucatán, con los tesoros de la sabiduría y de la caridad con que él lo había favorecido.

IV

En favor de los Párrocos.

Cuando el Illmo. Sr. Tejada llegó á esta ciudad para tomar posesión del gobierno del Obispado, quedó sorprendido al entrar en su palacio episcopal encontrando el grande edificio bien reparado, adornado y con un ajujal nuevo hasta el menaje de servicio y de cocina. Interrogando acerca de estas particularidades se le satisfizo diciendo, que desde tiempo muy antiguo estaba en costumbre, que cuantas veces había de llegar nuevo Prelado, por una derrama entre los Señores Curas costeaban estos el ajujal para la casa, en razón de que todo cuanto quedaba en ella al ocurrir la Vacante se lo llevaba el Fisco Real como espólio del último Prelado, sin dejar absolutamente nada, ni los aparatos é instrumentos que se destinaban á servir en las obras de reconstrucción, reparo y aseo. Que así mismo el Capítulo Catedral costeaba la reedificación del palacio cuando había necesidad, de tal manera, que si no había fondo disponible se cuotizaban los Señores Capitulares en ciento ó doscientos pesos cada uno respectivamente; pero que esto era algunas raras veces solo para impedir que el edificio se arrui-

nase, mientras que los Curas estaban obligados á costear el menaje todas las veces que llegaba nuevo Señor Obispo, aun cuando viniese inmediatamente uno despues de otro. Condolióse el Sr. Tejada de este gravamen constante, y para redimir á los Señores Curas, siquiera en parte, tomó la determinación de inventariar todo cuanto había en palacio, aumentando lo que podía ser necesario y mejorando todo, con el objeto de hacer una formal donación á los Prelados sucesores, de suerte que por este medio se aligerase el peso que los Señores Curas sufrían. Puso en ejecución su pensamiento, quedando á cargo del Cabildo el inventario y la ejecución de la obra benéfica para el caso de faltar el Illmo. Sr. Tejada por acenso ó por muerte. Dió cuenta al Rey para la correspondiente aprobación en 12 de Noviembre de 1748, y obtuvo la siguiente Real Cédula:

«El Rey.—Reverendo en Cristo Padre Obispo de la Iglesia Cathedral de Mérida en la Provincia de Yucatán de mi Consejo. En carta de 12 de Noviembre del año próximo pasado de 1748, disteis cuenta de que deseando remediar el abuso introducido de allajar el Palacio Episcopal de esa ciudad siempre que entra nuevo Obispo, á costa de los Curas de esa Diócesis, á causa de incluirse en los espolios todo el menaje que dejan los Obispos, y aun las maderas destinadas para reparos de la misma Casa Episcopal; tomásteis la determinación de hacer donación inter vivos de todo el menaje preciso que teneis en ella, formando inventario, el que entregásteis al Dean y Cabildo de esa Iglesia, para que el Prelado que os sucediese le haga cargo y queden por este medio los Curas aliviados de este gravamen; por lo qual me suplicabais fuese servido de aprobar lo referido y de mandar que así el menaje de casa que quedare puesto en el citado inventario, como lo que se añadiese por algun sucesor vuestro, sea exep tuado del espolio; como también las maderas y demás materiales que se hallasen para reparos de la casa. Y habiéndose visto en mi Consejo de las Indias vuestra citada carta con lo que en su inteligencia expone mi Fiscal, ha parecido aprobaros la donación que habeis hecho del menaje de ese Palacio Episcopal, por ser útil para vuestro sucesor y muy conveniente para extirpar el abuso expresado; y preveniros como lo ejecuto, que por Cédula de este día se mande al Gobernador de esa Provincia disponga que en las vacantes de